

Algunas Razones Que Explican La Transformación Del Psicoanálisis En Muchos Psicoanálisis

Joan Coderch, M.D. y Alejandro Ávila, Ph.D.

Resumen

El primer siglo de historia del pensamiento psicoanalítico ha sido escenario de transformación del núcleo central de sus concepciones teóricas y técnicas en una notable diversidad de enfoques, los cuales pueden ser reunidos en torno a dos tendencias principales: la que se mantiene fiel a los conceptos centrales propuestos por Sigmund Freud, o tendencia metapsicológica/pulsional y la que puede ser denominada relacional, en un sentido amplio, iniciada ya con Sándor Ferenczi, que los revisa y amplía significativamente. Se reflexiona acerca de algunas de las razones que explican esta inevitable transformación del psicoanálisis en muchos psicoanálisis: la mente humana como sistema complejo dinámico no lineal y auto-organizado; los fenómenos intersubjetivos que configuran el origen y despliegue de la subjetividad, a través de la esencia social de la comunicación y el lenguaje, en un contexto impregnado por los determinantes sociales, antropológicos y filosóficos de cada cultura, y marcado por las aportaciones y carencias de las relaciones tempranas; la inadecuación del modelo médico de enfermedad a la patología psíquica; el relativismo del observador, que es inevitablemente un observador implicado en relación co-determinante con lo observado; y el giro que las sociedades contemporáneas vienen dando desde la filosofía positivista de la modernidad al relativismo y constructivismo social del pensamiento postmoderno. El psicoanálisis necesita abrirse y asimilar los nuevos descubrimientos, transformándose y enriqueciéndose con ellos, un proceso esencial para su futuro.

Palabras clave: Transformación del Psicoanálisis; Tendencia Metapsicológica o Pulsional; Tendencia Relacional

Resumo

O primeiro século da história do pensamento psicanalítico foi palco da transformação do núcleo central das concepções teóricas e técnicas, numa notável diversidade de abordagens que podem ser reunidas em torno de duas tendências principais: a que permanece fiel aos conceitos centrais propostos por Sigmund Freud, tendência metapsicológica/instintiva e o que pode ser chamado de relacional, em sentido amplo, iniciado com Sándor Ferenczi, que revisa os conceitos freudianos e os expande significativamente. Este trabalho reflecte sobre algumas das razões que explicam essa inevitável transformação da psicanálise em muitas psicanálises: a mente hu-

mana como um sistema dinâmico complexo, não linear e auto-organizado; os fenômenos intersubjetivos que moldam a origem e a implementação da subjetividade através da essência social da comunicação e da linguagem, num contexto impregnado pelos determinantes sociais, antropológicos e filosóficos de cada cultura, marcado pelas contribuições e deficiências dos relacionamentos precoces; a inadequação do modelo médico da doença à patologia psíquica; o relativismo do observador, que é inevitavelmente um observador envolvido em uma relação de co-determinação com o observado; e a passagem que as sociedades contemporâneas estão a fazer da filosofia positivista da modernidade para o relativismo e o construtivismo social do pensamento pós-moderno. A psicanálise precisa abrir-se e assimilar novas descobertas, transformando-se e enriquecendo-se com elas, processo essencial para o seu futuro.

Palavras-chave: Transformação da Psicanálise; Tendência Metapsicológica ou Pulsional; Tendência Relacional

Abstract

The first century of the history of psychoanalytic thought has seen the transformation of the central nucleus of theoretic concepts and techniques in a notable diversity of focuses, which can be re-grouped into two main tendencies: one that is loyal to the central concepts proposed by Sigmund Freud, that is, the meta-psychological/drive point of view, and another that can be denominated relational, in the broad sense, initiated as early on as by Sandor Ferenczi, who revises and broadens them significantly. We offer reflections about some of the reasons that explain the inevitable transformation of psychoanalysis in many psychoanalysis: the human mind as a non-linear auto-organized complex and dynamic system; the intersubjective phenomena that configure the origin and unfolding of subjectivity, through the social essence of communication and language, in a context impregnated by social determinants and marked by the contributions and shortages of early relationships; the inadequacy of illness medical model applied to psychic pathology; the relativism of the observer, who inevitably is an implicated observer in the co-determined relation with what is observed; and the shift that contemporary societies are undergoing from the positivist philosophy of modernism to the relativism and social constructivism of postmodern thought. Psychoanalysis must open and assume those new discoveries, transforming itself and enriching with them, in a process that is essential for its future.

Key words: Transformation of Psychoanalysis; Meta-psychological / Drive Theory; Relational Theory.

Introducción

Uno de los fenómenos más característicos del psicoanálisis durante sus más de cien años de historia³ ha sido su constante diversificación en grupos y escuelas, a veces muy distantes entre sí, tanto en la teoría como en la técnica, aún salvando la filiación común en la obra freudiana. Consecuentemente, una de las mayores tareas con las que se enfrentan los psicoanalistas en la actualidad es la de encontrar la manera de que esta diversificación no resulte en una disgregación empobrecedora sino en un mayor fortalecimiento de nuestra disciplina conceptual y aplicada.

Simplificando la complejidad de la diversidad actual de las escuelas psicoanalíticas, proponemos que se las divida en dos grandes tendencias. Una de ellas es la integrada por aquellas escuelas que continúan considerando esencial en la explicación del funcionamiento psíquico la teoría freudiana de las dos pulsiones y conciben la mente como el resultado de las incidencias de estas dos pulsiones, libidinales y destructivas, en la búsqueda de su descarga (Freud, 1920, 1923); la otra tendencia engloba aquellas escuelas que consideran la naturaleza del ser humano como esencialmente social, que desde su propia constitución biológica despliega como motivación básica la búsqueda del objeto y considera la mente como el resultado de la interacción continuada del sujeto, desde el mismo momento de su nacimiento, con la matriz social socio-cultural y lingüística en la que nace y se desarrolla. Matizando y ampliando las características de ambas tendencias, podemos decir que en la *tendencia pulsional* se considera al complejo de Edipo como el eje vertebral, conflicto nuclear, integrado por fantasías, en torno al cual se desarrolla la mente y puede explicarse lo central de la patología psíquica (Freud, 1905), mientras que desde la tendencia relacional se juzga que tal complejo es uno de los múltiples avatares evolutivos de la vida de todo sujeto en la primera y segunda infancia, sin que tenga mayor importancia excepto en los casos en los que existe una inadecuada o conflictiva relación padres -hijo, donde se articulará como una de las posibilidades de expresión de los conflictos del desarrollo, en el contexto de los déficits o alteraciones de la vinculación y las situaciones traumáticas que configuren las matrices relacionales vividas, y que juegan un papel estructural decisivo en la constitución de la subjetividad, su expresión y experiencia.

La distinción entre estas dos grandes tendencias se inició ya en vida del mismo Sigmund Freud manifestándose en las divergencias entre su pensamiento y el de su discípulo predilecto, Sándor Ferenczi. Planteamos que la tendencia que se apoya en la teoría pulsional deriva directamente del núcleo principal de los postulados de Freud, mientras que la tendencia que subraya la búsqueda del contacto con los progenitores como motivación fundamental expresa el desarrollo ulterior de las ideas originales de Ferenczi. Examinemos, en los mismos orígenes del psicoanálisis, la fuente de las divergencias entre ambas tendencias, las cuales se han ido ensanchando progresivamente desde entonces.

³ Al cumplirse el centenario (1911-2011) de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, la comunidad psicoanalítica se halla dividida en numerosos grupos, orientaciones y escuelas en lo que se refiere a los principales conceptos, las hipótesis y teorías acerca del desarrollo de la mente, la construcción y desarrollo de la psicopatología, así como del método y técnicas que han de ser empleadas para la ayuda a las personas con problemas emocionales. La primera versión de este trabajo fue escrita en el año del centenario (2011), no fue publicada y ha sido posteriormente revisada en 2019 para esta ocasión.

Aun cuando Freud construyó el psicoanálisis sobre la base de las evocaciones de la memoria explícita o declarativa, que era la única conocida en su época, y en torno a la oposición entre aquello que era o podía ser consciente y lo que se hallaba en el inconsciente dinámico o reprimido, se percató de que había más que esto, y por ello estableció la diferencia entre lo vivido y lo descrito, la distinción entre la representación de la cosa y la representación de palabra (Freud, 1911, 1915). Pero, interesado ante todo por dar a la nueva disciplina que creaba una estructura en todo semejante a las ciencias empíricas naturales, optó por no ir más allá en esta exploración. Ferenczi, en cambio, más preocupado por el alivio del sufrimiento de sus pacientes que por la investigación, percibió claramente las necesidades afectivas de las personas y la frustración de sus necesidades, es decir, el papel de lo traumático, en los orígenes de la enfermedad, así como la importancia de la relación que se establece entre el paciente y el analista en el proceso de la cura. Ferenczi también percibió que la interpretación de los contenidos de las fantasías inconscientes del paciente, reveladas en las asociaciones, no era suficiente si no iba acompañada de una resolución del trauma, lo que sólo podía lograrse a través de la experiencia relacional. Estas ideas de Ferenczi, que le apartaban considerablemente de Freud, se expresaron claramente en los escritos de su etapa denominada *neo-catártica*, y muy especialmente, en *Análisis de Niños con los adultos* (1931), y en *Confusión de lengua entre los Adultos y el Niño. El lenguaje de la ternura y la pasión* (1933). En el primero de estos trabajos manifiesta que, dado que el trauma inicial del niño fue necesariamente la relación con la madre, será necesario un acercamiento y un trato con el paciente como si éste fuera realmente un niño. En el segundo de los trabajos señala que las demandas de ternura y amor por parte del niño reciben, a menudo, una respuesta sexualizada por parte de los padres y educadores. También afirma que los pacientes perciben muchos estados de ánimo, deseos y rechazos por parte del analista que son inconscientes para éste, pero que se callan por temor, y afirma que los analistas deben ser conscientes de nuestros errores y debilidades y no culpabilizar al paciente. Creemos que en el afán de Ferenczi por no re-traumatizar al paciente y, por el contrario, resolver el trauma originario a través de la relación afectiva que se establece en la diada analítica, podemos ver como trazó las líneas maestras de la tendencia relacional a la que antes nos hemos referido, y, además, intuyó genialmente la existencia de lo que hoy en día conocemos como inconsciente no reprimido y, también el conocimiento relacional implícito, conceptos de los que hablaremos más adelante.

Más allá de las diferentes focos de atención de Freud y Ferenczi, si trazásemos, aunque fuese tan sólo con la imaginación, un organigrama de la evolución de ambos puntos de vista, nos encontraríamos con que, a partir de las ideas fundamentales de Freud, por un lado, y de las de Ferenczi, por otro, han surgido numerosas ramas que, a su vez, se han dividido en otras bifurcaciones cada una con sus orientaciones teóricas y técnicas, hasta formar un árbol frondoso. Algunas de estas orientaciones o escuelas tienen estrechos puntos de contacto. Otras, en cambio, se encuentran entre sí tan en las antípodas unas de otras, que a partir de los ampliamente difundidos trabajos de Wallerstein (1988, 1990), la idea dominante entre los analistas es la de

que no existe un solo psicoanálisis, sino muchos psicoanálisis. Creemos que esta idea fue ampliamente aceptada en el congreso de la I.P.A. celebrado en Chicago (2009). En ninguna otra disciplina humana, sea científica, filosófica o artística, se ha dado jamás una tan gran dispersión, en tan corto espacio de tiempo.

Ante ello, nos parece ineludible preguntarnos por las razones que han llevado a esta situación, ya que la búsqueda de tales razones⁴ constituye parte de la tarea a la que hace unos momentos nos hemos referido, al tiempo que su comprensión puede ayudar al establecimiento de cierta clase de diálogo entre las diferentes escuelas, pues la pluralidad del psicoanálisis actual es un hecho totalmente incontrovertible. Desde nuestro punto de vista estas razones son muy numerosas, y su fuerza es variable de acuerdo con los distintos momentos históricos que han transcurrido desde la creación del psicoanálisis y el espacio cultural desde el que se las juzga. Algunas de ellas derivan directamente de las mismas ideas fundacionales del psicoanálisis; otras, creemos, son consecuencia de los límites demasiado estrechos con los que, desde muy pronto, se pretendió proteger el psicoanálisis y mantenerlo, como en un “espléndido aislamiento”, totalmente diferenciado del resto de tratamientos psicológicos de cualquier especie; otras son fruto de las experiencias e investigaciones en la clínica psicoanalítica; algunas provienen del diálogo con otras ciencias, y otras, en fin, expresan la respuesta coherente e imprescindible a los cambios sociales y culturales que se han ido produciendo durante los últimos cien años. En lo que sigue, intentaremos exponer algunas de las razones más significativas que explican este desbordamiento, por numerosos caminos, del pensamiento psicoanalítico. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que resulta difícil argumentarlas aisladamente unas de otras y que tememos que las repeticiones pueden resultar inevitables. También queremos advertir que no han de confundirse los cambios y modificaciones en lo que A. Green (1975a, 1975b) ha llamado la “corriente principal del psicoanálisis”, también denominado psicoanálisis tradicional o clásico, con el estallido del pensamiento psicoanalítico en múltiples escuelas. Lo primero no produce ninguna sorpresa y es lo que habitualmente se produce en cualquier disciplina del conocimiento. Pero lo propio del psicoanálisis, y que merece consideración aparte, es esta asombrosa diversificación en el espacio de tiempo relativamente corto, y a esto es a lo que dedicaremos nuestra atención.

Al crear el psicoanálisis, Freud alumbró una disciplina destinada a una portentosa y encumbrada tarea: nada menos que descubrir los misterios de la mente humana, su crecimiento, desarrollo, perturbaciones y posibilidades de curación, todo ello logrado a través de diálogo de dos mentes, la díada analítica. Tales objetivos son propios de una empresa gigante, pero ocurrió que muy pronto este gigante que acababa de nacer fue tratado, no por Freud mismo, sino por sus inmediatos seguidores, como un ser débil que sólo podía vivir y perpetuarse en un ambiente limitado y celosamente protegido frente a interferencias y novedades que podían dañar su delicada constitución, alterar su naturaleza y provocar su desaparición.

⁴ Preferimos el término razones al de causas ya que, aun cuando desde Davidson (1963) sabemos que las razones son causa de aquello de lo que dan razón, las palabras siempre llevan consigo el peso de la tradición, y esta última hace que la palabra “causa” encierre siempre un sentido de algo contundente y lineal que fatalmente produce un efecto, mientras que la palabra razón parece llevar consigo el sentido de una argumentación más matizada, flexible e inscrita en el contexto en el que tiene lugar.

Para asegurar la protección contra estos riesgos, los discípulos, ya en vida de Freud y malinterpretándole, establecieron las estrictas y constrictivas reglas que debían constituir el método por la que debía regirse el diálogo de la diada analítica y el rígido encuadre o setting en el que tal diálogo debía tener lugar. Ello fue como si a un organismo nacido para alcanzar proporciones colosales se le encerrara en estrecha cuna y se le envolviera en apretados pañales que impidieran su crecimiento y desarrollo. Pero el resultado fue que el vigor de las ideas que alumbraban el psicoanálisis no permitió tales angosturas y el recién nacido psicoanálisis, como un nuevo *Herakles*⁵, rompió con su fuerza formidable las barreras que se oponían a su expansión. Y esto ocurrió, como ya hemos dicho, durante el mismo maestrazgo de Freud por obra de Ferenczi, que fue entre sus primeros e inmediatos colaboradores el único que comprendió que la obra de su mentor podía y debía ir mucho más allá del rígido y estereotipado objetivo de hacer consciente lo inconsciente. Sabemos que las ideas y propuestas de Ferenczi fueron marginadas durante muchos años, ante el temor de que el psicoanálisis no pudiera asimilar las ambiciosas metas que se le proponían y acabara por desaparecer. Afortunadamente, estos presagios no se han cumplido y muchas de los principios postulados por Ferenczi han sido el germen de nuevas y fructíferas ideas dentro del pensamiento psicoanalítico.

De acuerdo con la estructura del cerebro, la mente humana debe incluirse dentro de la categoría de los sistemas complejos dinámicos no lineales (Siegel, 1999) y, en consecuencia, la mente posee propiedades auto-organizadoras, se comporta como un sistema abierto capaz de responder y adaptarse al ambiente con espontaneidad, creatividad e imprevisibilidad, de manera siempre vinculada al contexto, lo que hace que las más pequeñas variaciones de este último pueden dar lugar a importantes modificaciones en los estados mentales. Creemos que esta complejidad de la mente impide que su estudio pueda realizarse con los mismos protocolos que se emplean para el de los sistemas simples y secuenciales. Pero, a la vez, posibilita, y aún podemos decir exige, que dicho estudio se lleve a cabo desde diferentes perspectivas y enfoques. Pensamos que también este hecho se halla en la base de la explosión de las primitivas ideas psicoanalíticas en tantas y tan diferenciadas orientaciones teóricas y técnicas.

La adopción del modelo médico.

Una de las mayores preocupaciones de Freud, como también la de la mayoría de sus seguidores, fue la de lograr la aceptación del psicoanálisis dentro de la comunidad científica y, para ello, el modelo médico pareció ofrecerles la mejor oportunidad. La teoría y la técnica psicoanalíticas fueron configuradas de tal manera que se adaptaran al modelo vigente en medicina: Una enfermedad, un diagnóstico y una terapéutica. La enfermedad quedó registrada como conflicto o neurosis edípica; el diagnóstico se llevó a cabo a partir de la supuesta repetición de tal conflicto en la relación con el analista, a través de la *neurosis transferencial*, y la terapéutica quedó establecida mediante la administración al paciente de las adecuadas interpretaciones de tal

⁵ Según la mitología griega la diosa Hera, hermana y esposa de Zeus, celosa de las infidelidades de éste, mandó dos serpientes a la cuna del bebé Hérokles, fruto de una de estas infidelidades, para que mataran al niño, pero éste las ahogó con sus manos.

neurosis transferencial en un clima de abstinencia y frustración, esperando que al disolverse la neurosis transferencial desaparecerían los síntomas del paciente. Es evidente que aun con este claro y comprensible esquema no se ha logrado nunca la aceptación del psicoanálisis por parte de la comunidad científica, pero también lo es que ni la complejidad de la mente en tanto que sistema dinámico no lineal, ni las potencialidades que encierran en si las ideas de Freud, pudieron tener cabida en tal reducido espacio, y numerosos analistas se esforzaron por hallar caminos a través de los que pudiera desarrollarse el psicoanálisis.

El dispositivo de observación de cada analista.

Prontamente se instauró el análisis personal, mal llamado didáctico, para la formación de los futuros analistas, con la convicción de que, con la eliminación de los conflictos intrapsíquicos, la mente de los analistas quedaría inmune a las influencias de los pacientes y de sus proyecciones transferenciales, de manera que, libres de ansiedades y defensas, los analistas podrían percibir correctamente el mundo interno de los pacientes y que, por tanto, todos observarían lo mismo en los pacientes.

Tal creencia sólo podía asentarse en el entusiasmo con que todo explorador acoge sus descubrimientos. Además de que la experiencia clínica desmiente esta esperanza, y de que, ahora, después de K. Popper, sabemos que toda observación está cargada de teoría, y como nos ha enseñado la física cuántica, la supuesta realidad “tal como esde verdad” no “está ahí” con unas características determinadas y fijas para que podamos captarla, sino que lo único que podemos decir es que algo “existe”, pero que no cabe confundir esta existencia con unas formas, colores, cualidades, características, etc. particulares. (Zohar, 1990; Pascual, 1995; Greene, 2000). Nos enseña la física cuántica que la materia se nos presenta acorde con los medios de observación, y que cambia según sean estos. Así, los físicos que investigan y experimentan con partículas subatómicas se encuentran con que un electrón se presenta como una onda o como una partícula según el dispositivo de observación. Y, por cierto, aunque lo han intentado repetidamente, nunca han logrado la presentación de un electrón simultáneamente como partícula y como onda. Consideran que, por lo menos la mayoría de las partículas subatómicas, no son ni partícula ni onda, sino una mezcla de las dos cosas, a lo cual llaman Principio de Complementariedad. La Función de Onda es la fórmula que da cuenta de este estado, pero al ser observadas en las partículas subatómicas se produce el “colapso de la función de onda”, y la partícula aparece como onda o como masa. Y decimos “aparece”, porque todas estas partículas son, en realidad, diminutos bucles de cuerdas vibrantes como nos explica ahora la teoría de las supercuerdas (Greene, 2000).

Pero todo esto no se refiere únicamente a la física microscópica, sino que también interesa al conocimiento de lo humano. Descartada ya la convicción positivista, imperante en los tiempos de Freud, de que podemos captar la realidad tal como es, pasivamente, ahora sabemos que toda percepción es un proceso activo de

construcción, y que son nuestros órganos sensoriales, es decir, nuestro “dispositivo de observación”, los que dan a “esto que existe”, las particularidades con que se nos aparece. Pero este dispositivo de observación de los analistas, como de todos los seres humanos, no se reduce a la neurofisiología de los órganos, vías y centros encefálicos sensoriales, sino que á ello se añaden las teorías, los aprendizajes, las ilusiones, las fantasías conscientes e inconscientes e incluso los sentimientos de pertenencia a una determinada comunidad de escuela, las fidelidades. Siendo esto así, es inevitable que los analistas observen o “vean” cosas diferentes en los pacientes. Una buena prueba de ello es que cuando en una reunión de analistas, incluso de la misma escuela o sociedad se presenta, para su discusión un trabajo que incluye material clínico, suele escucharse tantas opiniones sobre el mismo como número de asistentes toman la palabra. Los físicos emplean instrumentos tales como microscopios electrónicos, aceleradores de partículas, etc., con las mismas características, aunque su propia psicología también interviene en la interpretación de los resultados que obtienen, pero los analistas no disponemos de otro instrumento que nuestro dispositivo personal de observación, además de que todos los pacientes son distintos, no iguales entre sí como lo son los electrones. Forzosamente, pues, los analistas hemos de observar cosas diferentes en nuestros pacientes.

Sándor Ferenczi y Otto Rank fueron los primeros que “vieron” cosas distintas a las que observaba su maestro. Otros discípulos de esa época ajustaron sus observaciones a las de Freud. Pero, inevitablemente, aun cuando en las escuelas y grupos psicoanalíticos el sentimiento de identidad es muy fuerte, de vez en cuando surge alguien que se plantea seguir adelante con sus propias observaciones y forma un grupo de discípulos, de entre los cuales alguno de ellos reivindicará sus particulares observaciones, y así sucesivamente. Con todo ello, creemos que puede decirse que el hecho de que cada analista posea su propio dispositivo personal de observación es suficiente para dar razón de la diversificación del psicoanálisis en muchos psicoanálisis.

Los factores educacionales, sociales y culturales no son ajenos al desarrollo y patología de la mente.

Después del abandono de la teoría traumática, Freud concentró el objetivo psicoanalítico en el estudio de la mente que se desarrolla a partir de estructuras internas predeterminadas (metapsicología, tópicos), y en un Complejo de Edipo innato, lo mismo que las pulsiones, presente en todas las sociedades humanas fueran cuales fueran sus características. Con ello, la comunidad psicoanalítica trató de reservar para sí una zona de la mente supuestamente inaccesible por cualquier otra vía que no fuera el método psicoanalítico y, al mismo tiempo, diferenciarse de cualquier otra disciplina interesada en el conocimiento de la mente humana, su patología y las posibilidades de modificación de la misma. Pero con ello el psicoanálisis se constituyó en un mundo aparte ajeno a la sociedad y a la cultura. La llegada a EE.UU. de los psicoanalistas vieneses que huían de la persecución nazi, aureolados por su prestigio de proceder de lo que se estimaba como la cuna y

matriz del psicoanálisis, dio lugar que, especialmente en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York, se marginara todo lo que no se ajustara estrictamente a la teoría de las pulsiones y las fantasías inconscientes predeterminadas. Algunos analistas como Karen Horney, Erich Fromm, Clara Thompson, Harry Stack Sullivan u otros no estuvieron conformes con esta orientación y realizaron valiosas aportaciones sobradamente conocidas. Estos y otros analistas atentos a la importancia de los factores llamados “externos”, como la educación, la calidad de la relación padres-hijos, los valores de la sociedad, filosofía, antropología, etc., abandonaron la I.P.A. y formaron sus propios Institutos (Eisold, 1998; Steiner, 2000), dando lugar a lo que se ha conocido como psicoanálisis interpersonal y cultural. Esta orientación psicoanalítica se ha mantenido siempre muy al margen de la I.P.A. hasta que, en los últimos años, y de la mano de los analistas intersubjetivistas y relacionales, se ha producido una cierta aproximación en diálogo con las concepciones clásicas, y cuya tradición y evolución hemos revisado recientemente (Ávila Espada, 2013b).

Los estudios sobre el lenguaje.

A lo largo del siglo XX se han desarrollado diversos estudios sobre el lenguaje (v.g. Heidegger, Wittgenstein, Gadamer) que no sólo han impulsado la aparición de orientaciones psicoanalíticas basadas en los mismos, sino que, de una forma general, han supuesto un importante cambio en el conjunto del pensamiento psicoanalítico, y son ya escasos los analistas que sostienen que el proceso psicoanalítico consiste, simplemente, en la información ofrecida al paciente mediante la interpretación de la transferencia, con el objetivo de hacer consciente lo inconsciente.

Desde sus orígenes, y a partir de sus fundamentos teóricos, el psicoanálisis fue considerado un método de tratamiento basado total y únicamente en el intercambio de palabras entre paciente y analista, una “cura hablada” a través de la que se revelaba al paciente el significado inconsciente de sus asociaciones verbales durante la sesión analítica. El psicoanalista tenía vedada cualquier otra actividad que no fuera la interpretativa y se pensaba que esta última se basaba exclusivamente en los datos ofrecidos por el paciente en su verbalización, sin que entrara en la interpretación ningún otro dato proveniente del analista (Etchegoyen, 1986). Esta idea descansaba en la concepción positivista del lenguaje para la cual éste último no era más que un instrumento para designar realidades internas o externas a los hablantes. Pero actualmente nadie niega que las palabras son actos, “actos de habla” (Austin, 1962; Searle, 1969). El psicoanálisis es acción y lo que hacen paciente y analista es interactuar el uno sobre el otro, principalmente a través de las palabras y, consecuentemente, el proceso psicoanalítico es el resultado de esta mutua interacción. El psicoanálisis es interacción. Para una gran mayoría de analistas, esta nueva perspectiva sobre el lenguaje ha provocado un gran cambio en su concepción de lo que es el proceso psicoanalítico. Ahora comprendemos, por ejemplo, que la transferencia no consiste tan sólo en fantasías inconscientes que surgen de la mente del paciente para proyectarse en el analista, sino que es la manera como el paciente organiza la situación analítica a partir de todas sus

experiencias previas (Fosshage, 1994; Mitchell, 1997; Stolorow, Atwood y Orange, 2002), y lo mismo ocurre con la contratransferencia. Nada ocurre en el espacio analítico que dependa únicamente de uno de los dos protagonistas, sino que todo lo que acaece en tal espacio es una creación de la diada analítica. Hemos profundizado en este aspecto en otros trabajos (Coderch, 2010, 2012, 2014; Ávila Espada, 2005, 2013a).

Asumir la estructura dual de los actos de habla también juega un gran papel en los cambios que están teniendo lugar aceleradamente en el psicoanálisis, ya que en todos ellos hay un componente semántico-referencial- constataivo, es decir, aquello de lo que intencional y reflexivamente informamos al paciente, y un componente pragmático – comunicativo, que pone de relieve el acto de habla como una expresión de la subjetividad del hablante. Ello hace que, a través de este último componente, y sin proponérselo, el analista transmite al paciente numerosas características de su personalidad, forma de pensar, teorías, etc., lo cual contradice totalmente las ideas de la corriente principal del psicoanálisis sobre el imprescindible anonimato del analista. Cada uno puede pensar como le parezca entorno a lo deseable o no de este anonimato, pero la realidad es que tanto la filosofía del lenguaje como la teoría de la comunicación nos han explicado con suficiente claridad acerca del hecho de que en toda comunicación el comunicante informa sobre sí mismo.

Aun podríamos adentrarnos, para subrayar en que alto grado la lingüística y la filosofía del lenguaje han provocado cambios en el pensamiento psicoanalítico en el denominado “giro lingüístico” (Heidegger, Rorty, Vattimo, Derrida, entre otros) según el cual las cosas ya estaban ahí y el lenguaje no fue ideado para denominarlas, sino que un significante remite siempre a otro significante y jamás a un referente (como puede comprobarse fácilmente buscando el referente de cualquier significante en un diccionario), entonces es que las cosas no están antes que el discurso, sino al revés. Por tanto, el mundo no es un conjunto de cosas que primero se representan y luego son nombradas por el lenguaje, sino que es la palabra la que crea el referente al reunir una multiplicidad de fragmentos y de trozos sin sentido, es decir, que es la palabra, Logos, quien precede a las cosas o los hechos y los crea y constituye (Scavino, 1999). Tampoco es el momento de adentrarnos ahora más en este tema. Lo importante para nuestro propósito es que, además del gran impacto que estas nuevas formas de entender el lenguaje han provocado en la corriente principal del psicoanálisis, también han originado la aparición de escuelas que desarrollan sus teorías, conceptos y práctica analítica en torno al lenguaje concebido como medio de comunicación y relación con el paciente, el diálogo como agente curativo en sí mismo, más allá del contenido semántico de las interpretaciones, las cuales quedan como un aspecto más de la relación. Desde este punto de partida en el que mediante el lenguaje se establece una trama interactiva paciente-analista, surgen la psicología del self de Kohut en primer lugar y, posteriormente, la escuela intersubjetiva (D. Orange, F. Lachmann, R.D. Stolorow, G. Atwood, etc.), el psicoanálisis relacional (S. Mitchell, P. Bromberg, L. Aron, J. Benjamín, Donnel Stern

, etc.) y el Grupo de Boston para el estudio del Cambio Psíquico (Daniel N. Stern, K. Lyons-Ruth, J.P. Nahum, T. Brazelton, L. Sander, A.C. Morgan y N. Bruschweiler-Stern). Cabe señalar, sin embargo, que estas diferentes orientaciones no emergen únicamente, como veremos después, como consecuencia del nuevo modelo del lenguaje, sino también íntimamente vinculados a las razones y nuevas aportaciones de las que seguiremos hablando a continuación.

Las investigaciones centradas en la observación de las relaciones niños – padres.

Freud analizó sólo a un niño, e incluso en este caso no personalmente, sino a través de su padre, un musicólogo vienés perteneciente a su grupo. Prontamente se estableció el análisis de niños, representado especialmente por Anna Freud y Melanie Klein, junto con sus respectivas y confrontadas escuelas. El análisis de niños ha dado lugar a una interesante y riquísima literatura sobre la mente infantil y su desarrollo, pero siempre centrada en aquello que puede detectarse en la mente de un niño expresándose en una situación ajena por completo al medio natural en el que se desenvuelve y sometido a una forma de relación totalmente desacostumbrada para él, la relación analítica. Pero en las últimas décadas del siglo XX se han realizado numerosos e impresionantes estudios basados en la observación directa, mediante la videograbación de las relaciones de los bebés y niños en la segunda infancia con sus padres, por parte de autores como B. Beebe, K. Lyons-Ruth, L. Sander, M. Ainsworth, P. Fonagy, M. Target, F. Lachmann, E. Jurist, G. Gergely, J.S. Watson, etc. En el material videograbado, obtenido mediante estos estudios, puede observarse a los bebés y niños moverse en su ambiente natural e interactuar espontáneamente con sus padres y cuidadores sin interferencias externas. Gran parte de estos estudios toman como punto de partida la teoría del apego, creada por J. Bowlby (1969,1973,1980) y mundialmente reconocida, especialmente por la organización Mundial de la Salud. Esta teoría, basada en la investigación de campo, establece como motivación fundamental del bebé, desde el momento de su nacimiento, la de buscar la proximidad de sus progenitores y establecer comunicación con ellos. La relación interpersonal que se establece gracias a la motivación del apego ayuda al cerebro del bebé a organizar sus procesos emocionales empleando las funciones mentales de sus progenitores. La teoría del apego ha sido especialmente validada y desarrollada por Mary Ainsworth (Ainsworth & Bowlby, 1954) a través del estudio de la llamada situación extraña. De acuerdo con estas investigaciones los niños pueden clasificarse como desplegando patrones de comportamiento de apego evitativo; seguro; ambivalente-resistente y desorganizado-desorientado. Los estudios longitudinales de seguimiento individual han puesto de relieve la gran validez de estas investigaciones para predecir el ulterior desarrollo emocional del individuo (Fonagy, 2001; Marrone, 2001).

Dentro de este tipo de estudios, centrados en la relación niño – padres, que nosotros juzgamos han desempeñado un papel de suma importancia en la aparición de tantas y tan diferenciadas orientaciones del psicoanálisis, creemos que cabe destacar las investigaciones de Fonagy et al. (2002) sobre el proceso llamado mentalización.

Estos autores entienden por “mentalización” o “función reflexiva”, la capacidad que tiene el niño de captar “estados mentales”, es decir, emociones, deseos y sentimientos, que los otros también los poseen y que estos estados mentales median su relación con el mundo y con los otros. Un término equivalente empleado por los cognitivistas es el de “lectura de la mente”. Estos autores consideran que la adquisición de la capacidad de mentalización es fundamental en el desarrollo mental del niño y en sus posibilidades de auto regulación emocional. Lo que han puesto esencialmente de relieve de forma experimental las investigaciones acerca de la relación del niño con los padres es el predominio absoluto de la búsqueda de contacto con los progenitores por encima de cualquier otra motivación. Cosa que, en realidad, ya había sido puesto clínicamente de relieve por autores como Fairbairn, Winnicott y Balint, así como también, en plan experimental, lo había mostrado Harlow con los bebés chimpancés que preferían el contacto con la madre artificial recubierta de felpa por encima de la madre únicamente construida con alambres, pero provista de un recipiente en forma de pecho del que manaba leche. Y también estas investigaciones han puesto de manifiesto que el desarrollo emocional del infante y su salud o patología dependen estrechamente de los cuidados afectivos que recibe por parte de sus padres.

Por todo ello, gran número de analistas han vivido estas investigaciones como una prueba de la falta de validez de diversas teorías psicoanalíticas clásicas: la teoría del desarrollo psicosexual, la teoría de la primacía del Complejo de Edipo en el desarrollo de la mente, y la misma concepción de la mente como un sistema cerrado que se desarrolla según estructuras predeterminadas. Ante esta invalidación, han buscado caminos alternativos a la adherencia rígida a los postulados del psicoanálisis freudiano para enriquecerlo y renovarlo con los descubrimientos aportados por otras disciplinas.

Las aportaciones de la neurociencia cognitiva.

Si algunas de las razones de las que hasta ahora hemos aportado en nuestro intento de arrojar alguna luz sobre las causas de la diversificación del psicoanálisis pueden dar lugar a la discusión sobre su carácter subjetivo u opinable, las aportaciones que nos brinda la neurociencia cognitiva derivan de hechos suficientemente verificables y replicables para que no pueda dudarse de ellos. Ante ello, la única opción de los analistas es la de tener en cuenta tales aportaciones, con todas sus consecuencias, o la de eludirlas y seguir adscritos a las mismas teorías y práctica psicoanalítica como si estos hallazgos no existieran. Nosotros somos decididamente partidarios de la primera opción, porque creemos firmemente que el psicoanálisis debe continuar manteniendo sus propias líneas de investigación y objetivos clínicos, sin que ni unas ni otros puedan sostenerse en contra de las evidencias científicas incontrovertiblemente demostradas.

Algunas de estos hallazgos y evidencias, como la función y procesamiento inconsciente no reprimido, la memoria de procedimiento y el papel que desempeñan las llamadas

neuronas en espejo, son de tal interés y envergadura, que por sí solas justifican una entera revisión de la totalidad de la teoría psicoanalítica y su aplicación a la práctica, con lo cual no pretendemos decir que pueda y deba hacerse de inmediato y precipitadamente. Pero, en general, el conservadurismo de la comunidad psicoanalítica nos parece excesivo. Recordemos que las evidencias sobre la memoria de procedimiento, que precipitó una serie de descubrimientos en cascada que todavía no ha terminado, tuvo lugar en 1954 cuando la neuropsicóloga Brenda Milner pudo constatar que el paciente H.M., afecto de una amnesia evocativa consciente, a consecuencia de una intervención neuroquirúrgica para combatir sus crisis convulsivas resistentes a la medicación, era capaz de aprender habilidades psicomotoras para las cuales no precisaba poder evocativo: era una memoria completamente inconsciente pero que daba lugar a una significativa performance. Pues bien, este hecho de tan trascendental importancia para el psicoanálisis –a fin de cuentas, el primer objetivo del psicoanálisis fue recuperar los “recuerdos” reprimidos en el inconsciente- no llegó a la literatura psicoanalítica hasta 1991 con el trabajo de R.B. Clyman, en el que, por vez primera se destaca el papel de la memoria de procedimiento de las emociones en el proceso psicoanalítico. Realmente, cuarenta años para que el psicoanálisis haya tomado en consideración un descubrimiento de tanta importancia parece un período de tiempo excesivo, pero las causas de esta demora no son el objeto de este trabajo. Es inevitable preguntarnos si una de las razones para el surgimiento de tan gran número de orientaciones psicoanalíticas no es precisamente el inmovilismo de la corriente principal del psicoanálisis, reacia a aceptar avances incuestionables y a interesarse por las vinculaciones con otras disciplinas, lo que ha propiciado que muchos analistas, descontentos con tal estado de cosas, hayan decidido construir sus propios caminos.

La neurociencia cognitiva muestra que la inmensa mayoría de los procesos psíquicos responsables de lo que podemos llamar “la manera de ser” de todo ser humano forman parte del inconsciente no reprimido o de procedimiento: los rasgos de carácter –más allá de las restricciones que marcan las bases biológicas del temperamento, manera de responder ante las diferentes situaciones, formas de comportarse con los otros, hábitos, ansiedades, confianza o falta de confianza en sí mismo y en los otros, capacidades de auto- regulación emocional, seguridad en la toma de decisiones, etc. Desde el momento de su nacimiento el sujeto desarrolla pautas de relación con quienes le rodean, para evitar el sufrimiento y obtener aquello que se desea. El conjunto de estas pautas de procedimiento forma lo que ahora se denomina conocimiento relacional implícito. Algunas escuelas psicoanalíticas (corrientes derivadas de la psicología del self, teoría intersubjetiva y psicoanálisis relacional con sus distintas variantes, teoría de la interacción, el grupo de Boston para el estudio del cambio psíquico, etc.) estiman que el objetivo del psicoanálisis consiste en lograr una modificación del conocimiento relacional implícito del paciente mediante la interacción con el conocimiento relacional implícito del analista, lo cual juzgan que da lugar a una modificación positiva de ambos protagonistas. Queda, pues, claro que estas escuelas están ya muy lejos del psicoanálisis tradicional, que permanece en su interés por lo inconsciente reprimido. Y que con toda propiedad

puede afirmarse que en el momento actual no existe un psicoanálisis sino muchos psicoanálisis.

Los cambios sociales. La cultura postmoderna.

El psicoanálisis se ocupa de seres humanos que viven en sociedad, y de ello se deriva que, dado que todos los cambios sociales cambian a los seres humanos que viven en ella, también los posibles pacientes y analistas quedan afectados a estas modificaciones. Se acepta comúnmente que vivimos en una cultura postmoderna, aunque creemos más exacto decir en una dialéctica cultural Modernidad-postmodernidad. No es posible en este trabajo profundizar en la esencia de la postmodernidad, pero pensamos que son necesarias algunas palabras para dar a entender por qué creemos que la postmodernidad es una de las razones de la diversificación del psicoanálisis.

Habitualmente se entiende por Modernidad un conjunto de ideas filosóficas, políticas y artísticas que han impregnado la sociedad occidental durante muchos años de manera exclusiva y que continúan manteniendo su vigencia todavía, en dialéctica, como antes hemos dicho, con la postmodernidad. La Modernidad comenzó a mediados del siglo XVIII, a partir de lo que se denomina la Ilustración, de la cual es la legítima heredera. La Ilustración se caracterizó por la fe ciega en la ciencia, en la razón, el positivismo, la creencia en verdades universales, la confianza en que los descubrimientos científicos y el dominio de la naturaleza conducirían a una progresiva mejoría de la humanidad y al bienestar universal en la tierra. Marx era un ilustrado y Freud también. Pero sociólogos y filósofos juzgan que la Modernidad traicionó muy pronto sus principios y desfiguró su misión y que, en lugar de liberar a la humanidad mediante la razón y la ciencia entró en un progresivo e irreversible proceso de racionalización de toda la vida social y en una funcionalización e instrumentalización de la razón que ha llevado a una pérdida de sentido y de libertad. Uno de los peores errores que se señalan a la modernidad es su terrible afán de esclavizar a la naturaleza, lo cual ha conducido a los desastres que estamos padeciendo (Horkheimer y Adorno, 1969, 2001; Lyotard, 1994).

El escepticismo y la amargura producidos por el fracaso y la degradación de la Modernidad, traducidos en terribles guerras, genocidios, empleo de la ciencia y la técnica para la fabricación masiva de armas aniquiladoras, epidemias y nuevas enfermedades, etc., han desembocado en lo que llamamos postmodernidad. La cultura postmoderna se fundamenta en un pensamiento que se opone a la fe ciega en la ciencia, en la posibilidad de descubrir leyes y verdades universales, en el progreso infinito de la humanidad y en la existencia de valores universales. El pensamiento postmoderno juzga que la verdad es plural, fragmentada y discontinua y, especialmente, relativa al contexto, no es neutra y objetiva sino siempre construida al servicio de determinadas convicciones e intereses, y cree que la ciencia no es pura e ingenua, sino siempre manipulada y al servicio del poder. La cultura postmoderna proclama el individualismo, el enjuiciamiento de toda autoridad como autoritarismo intolerable, el rechazo a la tradición, a los valores y grandes narrativas que han

actuado siempre como ejes vertebradores de la sociedad, reivindica el derecho a la satisfacción inmediata y rehúsa toda obligación no elegida por uno mismo. En cuanto al lenguaje, no cree que el lenguaje represente la realidad, sino que afirma que con el lenguaje construimos la realidad y que aquello que denominamos “conocimiento objetivo” depende de convenciones sociales transformadas en aparentes realidades a través del lenguaje.

No tratamos, en este trabajo, de evaluar los aspectos positivos y negativos que puede tener la cultura postmoderna. Pensamos que hay de ambos tipos. Simplemente hemos dado este esbozo de ella para justificar nuestro punto de vista de que el cambio cultural ha contribuido en gran manera a la diversificación del pensamiento psicoanalítico. Nadie puede escapar totalmente al contexto socio – cultural en que se encuentra, y analistas y posibles pacientes se hallan inmersos en esta dialéctica cultural Modernidad-postmodernidad, y a través de ella piensan, sienten y deciden. No es descubrir nada nuevo decir que, en la actualidad, en las sociedades psicoanalíticas, y sus correspondientes Institutos, los candidatos y analistas jóvenes reclaman una mayor democratización en el funcionamiento y una mayor libertad en la enseñanza. Esta mayor democratización y libertad se traslada también a la díada analítica. Los pacientes no acuden tampoco con una “fe ciega” ni con un sometimiento a priori a la autoridad del analista. Exigen diálogo de persona a persona, y que sus opiniones y argumentos sean tenidos cuenta como tales y no sólo interpretados. Y exigen también resultados, es decir, que su análisis sea, ante todo, terapéutico. En estas condiciones, ¿cómo sería posible pensar que el pensamiento psicoanalítico no amplíe y diversifique sus teorías para acoger en sí las múltiples matizaciones, complejidades y diferenciaciones que va presentando la mente humana en el curso de su evolución?. El psicoanálisis, tras más de un siglo de historia y desarrollo y un legado de contribuciones que han resultado esenciales para avanzar en el conocimiento de la naturaleza humana, merece continuar su historia a través de una ininterrumpida apertura y asimilación de los nuevos descubrimientos, transformándose y enriqueciéndose con ellos, un proceso que es esencial para que toda ciencia siga viva y pueda así el Psicoanálisis continuar contribuyendo a los avances científicos del siglo XXI.

Síntese em portugues:

O primeiro século do pensamento psicanalítico foi palco de uma transformação do núcleo central de suas concepções teóricas e técnicas numa notável diversidade de abordagens, incorporada na constante proliferação de escolas que sustentam uma diversidade de propostas, que podem ser reunidas em torno de duas tendências principais: a que permanece fiel aos conceitos centrais propostos por Sigmund Freud, uma tendência pulsional (o inconsciente reprimido; a teoria da libido e o desenvolvimento psicosexual; a metapsicologia, seus tópicos e o modelo do aparato psíquico). Incon.-Ego-Super Ego como uma estrutura endopsíquica; a centralidade e universalidade do Complexo de Édipo na explicação da patologia psíquica; palavra e fantasia como material e os conceitos de livre associação e neutralidade como eixos de método e técnica. E outra tendência que pode ser chamada relacional, em sentido

ampla, iniciada com Sándor Ferenczi, que revisou ou expandiu significativamente os conceitos freudianos, surgiu o inconsciente bipessoal, a memória emocional e processual e o conhecimento relacional implícito que é organizado nas primeiras experiências de relacionamento; a natureza essencialmente intersubjetiva da subjetividade constituída na busca pelo objeto e nos processos de comunicação que compõem a relação intersubjetiva, recuperando a centralidade do traumático na explicação da patologia psíquica e a inevitável mutualidade da experiência que ocorre na relação terapêutica. Finalmente, refletimos sobre algumas das razões que podem explicar essa inevitável transformação da psicanálise em muitas psicanálises: a mente humana como um complexo sistema dinâmico complexo não-linear e auto-organizado; os fenômenos intersubjetivos que moldam a origem e a implantação da subjetividade, através da essência social da comunicação e da linguagem, encontrados nos processos que constituem o desenvolvimento humano, em um contexto impregnado pelos determinantes sociais, antropológicos e filosóficos de cada cultura, e marcado pelas contribuições e deficiências dos primeiros relacionamentos, principalmente dos pais e filiais; complementado por outros: a inadequação do modelo médico da doença à patologia psíquica; o relativismo do observador, que é inevitavelmente um observador envolvido em uma relação de co-determinação com o observado; e a virada que as sociedades contemporâneas estão a passar da filosofia positivista da modernidade para o relativismo e o construtivismo social do pensamento pós-moderno. A defesa rígida do núcleo central da teoria e prática psicanalíticas que Freud e seu círculo mantinham desde 1911, necessária e explicável no contexto do desenvolvimento de uma nova teoria, tornou-se posteriormente uma das principais razões para diversificações inevitáveis. Caminhos naturais de transformação de qualquer conhecimento científico: a abertura e assimilação de novas descobertas, transformando e enriquecendo com elas, um processo essencial para que esta ciência permaneça viva.

Referências

Ainsworth, M. D. & Bowlby, J. (1954). Research strategy in the study of mother-child separation. *Courrier.*, 4 105-131.

Austin, J. (1962). *How to do Things with Words*. Claredon Press.

Ávila Espada, A. (2005). Al cambio psíquico se accede por la relación. *Intersubjetivo*, 2, 195-220.

Ávila Espada, A. (2013a). La relación, contexto determinante de la transformación. Reflexiones en torno al papel de la interpretación, el insight y la experiencia emocional en el cambio psíquico. *Temas de Psicoanálisis* n.º 6, Julio 2013.

Ávila Espada, A. (Ed.) (2013b). *La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en Psicoanálisis*. Ágora Relacional.

Boston Change Process Study Group. (2010). *Change in psychotherapy: A unifying paradigm*. Norton.

Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss - Vol 1: Attachment*, Londres: Hogarth Press.

Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss - Vol.2: Separation: Anxiety and anger*. Basic Books.

Bowlby, J. (1980). *Attachment and Loss- Vol. 3: Loss: Sadness and depression*. Hogarth Press.

Clyman, R.B. (1991). The procedural organization of emotions: A contribution of cognitive science to the psychoanalytic theory of the therapeutic action, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39: 349-382.

Coderch, J. (2001). *La relación paciente-terapeuta. El campo del psicoanálisis y la psicoterapia psicoanalítica*. Paidós-Fundación Vidal i Barraquer.

Coderch, J. (2006). *Pluralidad y Diálogo en Psicoanálisis. Diversidad y vinculaciones interdisciplinarias*. Herder.

Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional. El modelo interactivo en el campo del psicoanálisis*. Ágora Relacional

Coderch, J. (2012). *Interacción, Realidad y Cambio Psíquico. La práctica de la psicoterapia relacional-II*. Ágora Relacional.

Coderch, J. (Coord.) (2014). *Avances en Psicoanálisis Relacional. Nuevos campos de exploración para el psicoanálisis*. Ágora Relacional.

Davidson, D. (1963). Actions, reasons and causes, en *Essays on actions & events*. Oxford University Press., pp.3-20.

Eisold, K. (1998). The splitting of the New York Psychoanalytic Society and the construction of the psychoanalytic authority, *Internacional. Journal of Psychoanalysis*. 79, 881-886.

Etchegoyen, H. (1986). *Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica*. Amorrortu Editores.

Ferenczi, S. (1931). Análisis de niños con los adultos, en *Psicoanálisis*. Vol.IV, 109-124. Espasa - Calpe.

Ferenczi, S. (1933). Confusión de lengua entre los adultos y el niño, en *Psicoanálisis*, Vol.IV, pp: 139-152. Espasa- Calpe

Ferenczi, S. & Rank, O. (1924). *Entwicklungsziele der Psychoanalyse*. Wien: IPV [The Development of Psychoanalysis]

Fonagy, P. (2001). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Espaxs [Psychoanalysis and Attachment Theory, 2001]

Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. & Target, M. (2002). *Affect Regulation, Mentalization, and the Development of the Self*. Other Press.

Fosshage, J. (1994). Toward a reconsideration of transference, *International Journal of Psychoanalysis*, 75, 365-380.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*. Vol: VII. Amorrortu Ed.

Freud, S. (1911). Formulations on the two principles of mental functioning. *S.E.* 12: 218-26.

Freud, S. (1915). The unconscious. *S.E.* 14, 166-204.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. *Obras Completas*. Vol: XVIII. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. *Obras Completas*. Vol: XIX. Amorrortu Editores. Green, A. (1975a). Potential space in psychoanalysis: the object in setting. In *On Private Madness*. International Universities Press, 1986.

Green, A. (1975b). The analyst, symbolization and absence in the analytic setting. *International Journal of Psychoanalysis*, 56:1-22

Greene, B. (2000). *The Elegant Universe*, W.W. Norton.

Horkheimer, M. y Adorno, T. [1969] (2001). *Dialéctica de la Ilustración*. Editorial Trotta.

Lyotard, J.F (1994). *La Condición Posmoderna*. Cátedra.

Marrone, M. (2001). *La Teoría del Apego: un enfoque actual*. Psimática.

Mitchell, S. A. (2000). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: Una integración*. Siglo XXI. [Relational Concepts in Psychoanalysis: An Integration, 1988]

Mitchell, S.A. (2015). *Influencia y autonomía en Psicoanálisis*. Ágora Relacional. [Influence and autonomy in psychoanalysis, 1997].

Pascual, R. (1995). La física y la relación mente cerebro, en F. Mora (comp.) *El Problema Mente Cerebro*, Alianza Ed.

Popper, K. (1959). *The logic of scientific discovery*. Routledge.

Scavino, D. (1999). *La Filosofía Actual*, Paidós.

Searle, J. (1969). *Speech Acts*. Cambridge University Press.

Siegel, D. (1999). *The Developing Mind*. The Guilford Press.

Steiner, R. (2000). "It is a New kind of Diaspora". *Explorations in the Socio-political and Cultural context of Psychoanalysis*. Karnac Books.

Stolorow, R., Atwood, G. y Orange, D, (2002). *Worlds of Experience*. Basic Books.
Wallerstein, R. (1988). One psychoanalysis or many? *International Journal of Psychoanalysis*, 69, 5-21.

Wallerstein, R. (1990). Psychoanalysis: The common ground *International Journal of Psychoanalysis*, 71, 3-20.

Zohar, D. (1990). *La Conciencia Cuántica*. Plaza & Janés.